

Miroslav Penkov

Mil cigüeñas negras





Seix Barral Biblioteca Formentor

Miroslav Penkov

Mil cigüeñas negras

Traducción del inglés por
Daniel Gascón

Título original: *Stork Mountain*

© Miroslav Penkov, 2016

Publicado de acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, LLC, New York

© por la traducción, Daniel Gascón, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

© Mapa: Miroslav Penkov, 2016

Primera edición: enero de 2019

ISBN: 978-84-322-0040-3

Depósito legal: B. 26.738-2018

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Alguien llamaba a la puerta de la estación y oí gritar a un hombre: «Dejadnos entrar, burros. Tenemos la tormenta encima». Pero no había dormido en treinta horas y quizá soñaba con voces. O quizá no quería levantarme, cómodo como estaba en el suelo en un rincón. Los pocos campesinos que había a mi alrededor empezaron a moverse, intranquilos. El hedor a lana mojada, a sudor y a tabaco se extendió como una bruma desde sus viejos cuerpos y la sala de espera se cubrió de niebla. Sabía que esperaban que yo, el joven, abriera la puerta y pusiera a salvo a quien estuviese fuera. Así que fingí dormir.

Había llegado en autobús desde Sofía a primera hora de la mañana, era un viaje agitado de cuatro horas en dirección este, hacia ninguna parte.

—Espera aquí el autobús de Klisura —me dijo el conductor—. Llega a mediodía. Es azul. Tiene un cartel grande. A KLISURA. ¿Podrás leerlo?

Me habló como se habla con los extranjeros, los borrachos o los idiotas. Yo sonreí, asentí y me pregunté en cuál de las tres categorías me situaba.

Fuera, el puño seguía golpeando. Un viento cada vez

más fuerte chocaba contra las ventanas y el cristal crujió a punto de romperse. A través del velo de mis pestañas vi a una anciana que se acercaba a la puerta, cojeando. Un anciano se levantó para ayudarla. Un segundo más tarde, el viento rugía a nuestro alrededor, demasiado abrasador para mediados de abril.

Cuando volvieron a cerrar la puerta oí al hombre que la había estado aporreando, ahora dentro. «*Ashkolsun*, abuela.» Luego lo vi quitándose arena de los pantalones, de la cazadora negra de cuero. Besó la frente de la anciana y, sin dirigir una mirada a la gente que había alrededor, fue a un extremo de la estación donde se habían amontonado viejos bancos hasta el techo.

—Ven a ayudarme —pidió sin darse la vuelta.

Junto a la puerta había una mujer joven. Una chica, en realidad, con un salwar azul y un vestido de seda; parecía que hubiera brotado de la nada. Se estaba quitando el velo, que era blanco con rosas estampadas, y cuando el hombre llamó, ella corrió a ayudarlo. Arrastraron un banco juntos, cinco o seis metros.

—¿Y mi damajuana? —preguntó él—. ¿Se te ha olvidado?

Una vez más, la chica corrió hasta la salida, con la cara roja como las rosas; los pies descalzos soltaban la arena que había pisado.

Me sentí inmediatamente más ligero. Los ojos de los campesinos, que me habían aplastado durante horas, ahora se centraban en la pareja. No los culpaba. Yo también quería saber qué estaba haciendo la chica, pero tenía miedo de que su marido me pillase mirando. Así que fui hacia la ventana para observar en secreto su reflejo.

Y por la ventana vi la tormenta que se acercaba. Había una carretera en el exterior de la estación, resquebrajada

por el calor, la escarcha y el granizo, y un campo amplio y yermo detrás. Dos hileras de aerogeneradores se extendían hacia el horizonte, y conté una docena de pequeños montículos esparcidos por el campo. Tumbas tracias; eso lo sabía. A lo lejos, más allá de los montículos y los aerogeneradores, un muro de arena roja caía del cielo, violento, lodoso y avanzando rápidamente hacia nosotros.

—Simún —dijo una voz a mi lado—. Coge arena del desierto del Sahara. La trae hasta aquí; dos mil kilómetros.

Un penacho de humo golpeó el cristal en el interior y rebotó para ahogarme. Cuando el humo se disipó, vi el reflejo de un hombre muy mayor, espectral y transparente, salvo por un bigote grueso del color del metal oxidado.

—Mi santa me obliga a teñirlo —comentó alisándolo y señalando hacia una mujer marchita sentada en uno de los bancos. Con una falda negra, un delantal negro y un pañuelo negro, parecía una sombra. El anciano volvió la mirada hacia la chica de la esquina—. Si no estuviera casado, creo que la robaría. —Y tosió un buen rato, a manera de risa.

Sentí el impulso de decirle que no hay simún en Bulgaria, que nunca lo ha habido. Pero ¿quién era yo para corregirlo? Quizá incluso el clima había cambiado en mi ausencia. ¿Estábamos en peligro? ¿Debía alejarme de la ventana? Pero preguntárselo exigía que hablase el idioma que no había utilizado en años, y eso me asustaba mucho más que una tormenta de arena.

Volví a mi rincón. En el banco, la chica comía una manzana. Su hombre dormía, con los brazos en torno a una damajuana de mimbre y el cigarrillo todavía encendido en la boca. Me permití mirar de manera más atrevida hasta que la chica por fin se dio cuenta. Mordió la

manzana con fuerza, sonrió y empezó a masticar, con los labios brillantes por el zumo dulce. Algo sonó en un lado de la estación, un estallido ensordecedor.

—Ahí, ahí —indicó Bigote Rojo. Había vuelto junto a su mujer, que ahora se mecía en su asiento, asustada.

—Vah, vah —respondió ella. Como una canción en voz baja—. Vah, vah.

Y, de pronto, soltó un grito estridente.

—Bienvenido, bienvenido, san Kosta.

Sus movimientos se aceleraron y se santiguó una y otra vez con fervor. Las mujeres que estaban a su lado se incorporaron y corrieron hacia el otro lado de la estación. Una a una se acuclillaron en el suelo y se cubrieron el rostro con sus pañuelos moteados. La chica de la esquina se despabiló, tiró la manzana y se limpió las manos en el salwar.

—No tengáis miedo, queridas —les pidió la mujer de negro—. Sólo es san Kosta, que llega. Y su bondadosa madre viene tras él.

Su marido seguía hablando, pero ella no escuchaba. En vano intentó la mujer alcanzar sus botas de agua, y en vano desatarlas. Su pañuelo, suelto, se movía como las alas de un pájaro negro. Sus mejillas se habían convertido en manzanas rojas, y cuando me miró, aunque sólo fue un instante, parecía tan joven como la chica del rincón.

—No tengas miedo —me dijo amablemente. Se secó las lágrimas con el pañuelo y se lo ató.

Bigote Rojo se agachó en el suelo junto a ella, le desabrochó las botas y empezó a masajearle los pies, hinchados y enrojecidos.

—Ya está —le dijo.

—Vah, vah —susurró ella, entre lágrimas.

La oscuridad se extendió a nuestro alrededor. La tor-

menta se había tragado la estación. Puños de viento la golpearon y del techo saltaron tejas con un ruido terrible. Incontables granos martillaron las ventanas y pensé que los cristales iban a romperse en cualquier momento. Y, mientras tanto, veía el sol que ardía, rojo en la niebla roja: simún, del desierto del Sahara.

—Eso es, cariño —graznó la anciana—. No temas nada. Sólo es san Kosta.

Pero no era conmigo con quien estaba hablando.

La chica había ido hacia la ventana. Sin miedo, imprudente, había pegado las manos al cristal como si quisiera atravesarlo. Su cuerpo temblaba y yo podía ver cómo se reflejaba su rostro, cómo sus labios finos se retorcían en una sonrisa delgada. La tormenta que había hecho que yo me acuclillara atemorizado, a ella la apremiaba para que se acercase.

Un golpe subterráneo sacudió la estación. El cristal se onduló como si fuera agua y luego estalló en mil pedazos.

Conseguí cerrar los ojos antes de que la arena me golpeará. Los pulmones se me llenaron de fuego y tuve la sensación de estar ahogándome. El viento azotaba con fuerza; las mujeres lloraban y más cristales se rompían a nuestro alrededor. Después, una mano me guio.

—Coge un banco —gritó alguien—. Dale la vuelta.

Estábamos tirando de bancos del alto montón, los campesinos y yo, construyendo un refugio y metiéndonos dentro.

—Os lo dije, queridos —graznaba la anciana—. No hay que tener miedo.

No estoy seguro de cuánto tiempo estuvimos así, nuestros cuerpos apretados unos contra otros, como soldados en una trinchera antes de la batalla. La arena giraba en remolinos y tuve que cerrar los ojos con fuerza, pero al

cabo de un rato pude respirar mejor y los aullidos del viento se fueron volviendo más débiles.

Cuando alguien me mojó la cara, salté asustado. Vino tinto, tibio y picante.

—Límpiate la arena —me advirtió el hombre de la cazadora de cuero.

Llevaba la damajuana a rastras y echaba vino en la cara de la gente. Su chica estaba sentada a mi lado, con el pelo suelto sobre los hombros y la cara negra por el vino y la arena, que se había convertido en barro. Barro y vino goteaban en el suelo y el olor agrio de las uvas se mezclaba con el polvo de la tormenta de arena.

Yo quería preguntarle a la chica cómo se encontraba. ¿Se había cortado con el cristal? Pero, de nuevo, me daba vergüenza hablar. Además, ella tenía los ojos cerrados, como antes, y sonreía. Yo también cerré los ojos e intenté calmar la respiración. El vino estaba caliente y salado; la arena me rascaba la garganta cada vez que tragaba.

—Despierta, muchacho. Toma esto.

Alguien me puso en la mano un trozo de pan, una loncha de queso blanco. Bigote Rojo había abierto el cesto de su mujer y pasaba comida a los campesinos. A ella no parecía preocuparle, estaba chupando algo. Yo no tenía mucha hambre, pero comer era agradable, cada mordisco alejaba la oscuridad. Y comimos, escondidos tras los bancos, temerosos, aliviados y excitados. Un silencio inquietante había llenado la estación y, cuando a alguien le entró hipo, una mujer soltó una carcajada. En un momento estábamos todos riendo, sin saber qué era tan divertido. Sólo la chica que estaba a mi lado se quedó callada. Sus ojos nadaron bajo sus párpados cerrados, ahora su rostro estaba totalmente desprovisto de color.

Me volví para verla mejor y fue entonces cuando to-

qué el charco de sangre que había entre los dos. El vino lo había oscurecido: sangre negra, densa y pegajosa, que goteaba por la manga de su vestido de seda.

—¿Estás tocando a mi mujer? —ladró su marido, y saltó, listo para pelear conmigo.

—Se ha cortado —farfullé—. Mira, está sangrando.

Mi lengua parecía torpe, entumecida, pero seguí balbuciendo hasta que el hombre me entendió. Retiró la manga y vimos la muñeca de la mujer, abierta.

—Madre de Dios —vaciló el hombre—, me mareo.

Tropezó hacia atrás y cayó contra la pared de la estación. Los campesinos rodearon a la chica como si fueran buitres. Uno le dio una bofetada; otro le dijo que se despertara. Ella abrió los ojos —tan negros y brillantes como la sangre que perdía— y ofreció una sonrisa amable.

—Me siento como una pluma.

—Tenemos que detener la hemorragia —me oí decir.

Le quité el pañuelo a la chica y le envolví con él la muñeca, luego le enseñé a un anciano dónde apretar y le pedí que no aflojara la presión. Aturdido, corrí para recuperar mi mochila, mientras la arena seguía entrando por las ventanas rotas, aunque con menos fuerza.

—¿Eres médico? —preguntó alguien, y contesté que no. Pero llevaba un botiquín de primeros auxilios y sabía cómo curar una herida. Balbucía, embriagado por el sonido de mi idioma o quizá por la adrenalina.

En cuanto terminé el vendaje improvisado, la chica abrió los ojos.

—Me vendría bien algo de agua.

Le llevé la botella a los labios y dio unos pequeños sorbos.

—Aléjate de mi mujer, ¿me oyes?

Su marido se había puesto en pie otra vez, pero cuando vio el charco de sangre hizo una mueca y se sentó de nuevo.

—Corazón de ratón —susurró una voz de mujer, y los campesinos soltaron una carcajada. Hasta la chica rio con nerviosismo.

—¿A qué clase de hombre le da miedo la sangre? —farfulló alguien.

—¿Cómo mata el *qurban*, entonces?

El hombre volvió a ponerse en pie con gran esfuerzo. Avanzó entre la gente, levantó a su mujer y, dejando un rastro de pasos sanguinolentos sobre la arena, la llevó hacia el otro lado de la estación. La puso en el suelo y, rabioso, empezó a quitarle la venda.

—Otro hombre tocando a mi mujer —suspiró, airado—. Y vosotros, imbéciles, os reís.

Al final tiró el vendaje y rodeó la muñeca de su mujer con el pañuelo.

—¿Corazón de ratón, decís que soy?

Miré a mi alrededor. Pero los otros se limitaron a encogerse de hombros y regresaron a los bancos. Ni siquiera Bigote Rojo parecía muy molesto.

Observé durante un rato el vendaje manchado de sangre en el suelo, mientras la arena negra se amontonaba encima. Vi que el hombre apretaba la herida de la mujer, con los ojos fijos en las vigas del techo. Luego recogí mi mochila y me dirigí al rincón más alejado.

Fuera, la arena se quedaba en el aire como una niebla seca, pero lo peor de la tormenta había pasado. Apoyé la cabeza contra el muro, cerré los ojos y escuché. La arena susurrando, golpeando contra el techo y los marcos sin cristal de las ventanas. ¿Qué hacía en ese país, buscando a un hombre que no había visto en quince años? Un hombre con el que no había hablado en los últimos tres. Mi

carne y mi sangre. Mi héroe de la infancia. Un hombre que había desaparecido sin decir una palabra.

Saqué el mapa turístico que había comprado en Sofía aquella mañana y lo extendí delante de mí. Ahí, en el extremo sureste de Bulgaria, se extendían las montañas de Strandja. Estaba el delta del río Veleka, en la costa del mar Negro. Ahí acechaban Turquía y su frontera, como el final de la falda de una joven, una doncella caprichosa que provoca a sus pretendientes, levanta el dobladillo para mostrarle a uno el tobillo, luego lo oculta y se lo enseña a otro: Grecia, Bulgaria, luego Turquía, así durante trece siglos. Y en el borde, en las colinas de Strandja, escrito en el mapa en una fuente distinta a la de todos los pueblos de alrededor, estaba Klisura. Ahí era donde iba: Klisura. Mi abuelo se escondía en Klisura.

Doblé el mapa y lo devolví a mi mochila. Detrás de la barricada, la mujer de negro estaba tranquila. Su marido había invitado a otros hombres a tabaco, y unas finas volutas de humo subían hacia el techo. El hombre de la cazadora de cuero seguía apretando la muñeca de su mujer, más pálido que ella, que ahora tenía el rostro rojo y sudoroso. Habló con él con ternura: su voz era débil, lejana, y apoyaba la cabeza en su hombro. Y a treinta kilómetros hacia el sur, en Klisura, en ese preciso momento, mi abuelo comía o sacaba un cubo del pozo, leía un libro o se preparaba para echarse la siesta. Sin sospechar que su nieto se acercaba. ¿Para pedirle explicaciones por su dolorosa desaparición? Ojalá mis razones para volver fueran tan nobles y puras.